

(Mitologías Antiguas: Persia 6)

LA HUIDA A UN NUEVO PAÍS

5º

El rey Duransarun había fallado dos veces en destruir a Zaratustra. Pero se había empeñado en matar al niño. Supo que el niño no podía ser muerto con armas porque él había perdido el uso de su brazo derecho cuando había tratado de apuñalarlo.

Pero había otros medios. Llamó a sus dos sirvientes y les dijo:

—*“La vez pasada fallaron en darle fin al niño. ¡No me fallen esta vez! Quiero que ahora sea arrojado a las bestias salvajes. ¡Vayan, y que mi deseo se cumpla!”*

Desde el incidente del fuego los padres de Zaratustra temían dejar solo al niño porque pasara cualquier cosa extraña. Pero eran gente pobre, y si ambos no trabajaban en el campo, no conseguían lo suficiente para comer. Sólo podían confiar que Ahura Mazda, que había protegido al niño de las llamas, continuaría cuidándolo.

Una vez más, los dos sirvientes del rey Duransarun esperaron hasta que el niño estuviera solo mientras los padres trabajaban. Y otra vez tomaron a Zaratustra y se lo llevaron.

Pero esta vez fueron hacia el bosque y buscaron hasta que encontraron una madriguera, una cueva donde vivían los lobos. Cuando se acercaron a la cueva un lobo grande gris sacó su cabeza. La bestia gruñó y mostró sus colmillos, pero no tenían deseos de pelar con el lobo salvaje. Rápidamente, uno de ellos tomó al bebé y lo tiró dentro de la cueva. Luego los dos corrieron por sus vidas. Volvieron a ver al rey y dijeron:

—*“Hemos tirado al niño al más fiero lobo en el bosque y eso, seguramente, será su fin”.*

Cuando los padres de Zaratustra volvieron, otra vez encontraron vacía la cuna. Buscaron desesperadamente al niño y, siguiendo las huellas, llegaron a la madriguera de los lobos en el bosque. Podían oír gritos y aullidos. Llena de miedo, la madre avanzó para ver dentro. Allí estaba su hijo Zaratustra jugando con dos cachorros de lobo. Le tiraba de sus colas y ellos le lamían sus manos con sus pequeñas lenguas rojas. Y dos enormes lobos viejos, mamá y papá lobo, estaban sentados contentos como si el niño fuese un miembro más de la familia. Daghdú entró, temblando, esperando el momento de ser atacada por las grandes bestias. Pero ellos estaban tranquilos sentados sobre sus ancas. Aun cuando ella tomó al niño y salió, los lobos no se movieron. Y una vez más Zaratustra fue recuperado sano y salvo por sus padres.

Una vez más, la noticia de que Zaratustra estaba ileso llegó a Duransarun. El rey miró su debilitada mano derecha, por cuyo daño todavía no había logrado vengar. Su cara se tornó oscura cuando llamó a sus dos sirvientes. Les dijo:

—*“¡Han fallado otra vez! Hay un bebé indefenso y ustedes dos no pueden deshacerse de*

él. ¡Les irá muy mal si este niño no es destruido! Aunque los animales salvajes lo han perdonado, quizás los animales domesticados no serán tan compasivos. ¡Vayan y hagan que el niño sea pisoteado a muerte por el ganado”.

Los dos sirvientes se marcharon y una vez más ellos tomaron al niño, cuando los padres estaban trabajando en los campos. Esta vez llevaron a Zaratustra a un angosto sendero donde cada noche, una gran manada de ganado pasaba para ir a beber de un río cercano. Los toros y vacas estaban tan acostumbrados a ir por ese camino que los campesinos los dejaban ir solos.

Los hombres colocaron al niño en medio del sendero. Volvieron a ver al rey Duransarun y le dijeron que nada en el mundo podría salvar al niño de los cascos de las bestias.

Había sido un día caluroso. El ganado había estado afuera pastando bajo el quemante sol y estaba muy sediento. Bajaban corriendo por el sendero, y el sonido de sus cascos era como el trueno. Al frente iba un enorme toro negro, el más viejo y el más fuerte de la manada.

Pero cuando ese toro grande y negro llegó ante el pequeño bulto, el bebé echado en su camino, se paró. El enorme animal dio un paso más y se detuvo justo sobre el niño, así el resto de los toros y vacas tenían que apretarse para pasar por la derecha o la izquierda. El viejo toro estaba parado como una roca en el sendero al río y el resto de la manada fluía como olas a su alrededor. Mientras los otros animales bebían en el río, el toro se quedó cuidando al bebé.

Eventualmente los campesinos se preguntaron por qué el toro no se había ido hasta el río, y cuando volvieron a mirar encontraron a un niño echado salvo y sano entre las cuatro patas del animal. Sólo cuando el niño fue retirado, el viejo toro bajó hacia el río para beber.

Ahora, los padres de Zaratustra se dieron cuenta de que era el rey Duransarun quien había tratado otra vez de matar a su hijo. Así que decidieron huir.

Una noche, secretamente, abandonaron su hogar y viajaron fuera del país donde Duransarun, el sirviente de Ahrimán, mantenía su poder. Llegaron a otra región de Persia donde gobernaba el rey Vishtaspa. Este rey no era malo y tampoco sabía nada sobre el niño Zaratustra, el amado de Ahura Mazda, que había venido al mundo.

Aportación: Colegio Waldorf Lima

Estas historias sobre la Antigua Persia se encuentran todas juntas en el enlace:
<https://ideaswaldorf.com/antigua-persia-c-k/>